
DE LA EDUCACION

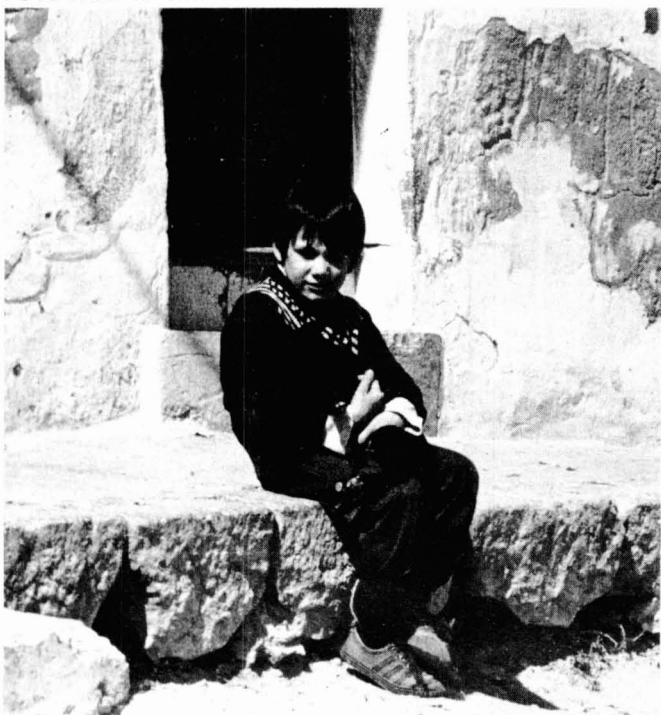
¿A dónde bueno camina, señor gentilhomme?

Rinconete a Cortadillo en la novela del mismo nombre de Cervantes.

por M. X. RODRIGUEZ

Iba cuesta abajo, por una de las transversales del Arenal, próxima al Club Náutico. Examinando luces y perspectivas a esta hora relativamente temprana de las nueve y media matinales (ocho y media solares) de un estupendo día de otoño. Fijándome principalmente en los efectos de contraluz que me encantan, no he de negarlo. Las sombras azules, interrumpidas aquí y allá por chorros de luz dorada, ¡una maravilla! Y no muy lejos el mar cegador, casi blanco de luz, oscureciendo por contraste los primeros términos... Cuando llegaron a mis oídos voces ni discordantes ni armoniosas (podríamos calificarlas de normales) que sonaban muy cerca de mí, al lado mismo.

FOTOGRAFIA: RAMON DIAZ



Las señoras, enfrascadas en su conversación no tardaron en rebasarme, y yo acorté un poco mi andar para dejarlas paso.

De canon románico ¡ojo! no romántico, románico, es decir más bien pequeñas y cuadradas, como las vírgenes medievales que aparecen en los retablos, vestidas con percales de colores desvaídos que cubrían sus estructuras cortas y robustas y sus formas celulíticas y algo pesadas. Se movían no obstante con desahogo y ligereza, con ese imperio y decisión ¡Tan entrañables! propios de nuestras mujeres del pueblo, a las que no consiguen arredrar ni fatalismos ni miserias.

—Pues, en estos tiempos —decía una a la otra— no se estila la educación. Eso era antes. En cambio ahora, mientras peor te portes con los demás, mejor quedas. Y hablar fuerte, y cara de perro a todo el mundo. Sino te toman el pelo y lo mismo te pasan por encima...

La aquiescencia de la interlocutora se expresaba en movimientos de cabeza y en la expresión natural y distendida de toda su figura. A pesar de que la veía de espaldas y no podía observar sus facciones, no hay duda de que armonizaba en todo con el juicio de su compañera.

—Así que yo les digo a mis hijos...

¡Lastima! Llegamos —llegaron— a un cruce y enfilaron por él. No era cosa de seguirlas para ver lo que la matrona sentenciosa decía a sus hijos, así que seguí mi camino no pudiendo menos de pensar como el buen sentido popular, sin más ayuda que eso, su buen sentido, acierta en la observación de fenómenos que dan quehacer a sociólogos e investigadores, y cuyas causas no siempre se ven muy claras.

No se ven?

Me parece que era Ortega y Gasset el que en uno de sus ensayos preconizaba una serie de normas de convivencia cristalizadas en determinadas fórmulas cortesas (cito de memoria, no tengo al alcance el ensayo), perfectamente exigibles según él, puesto que se las espera de nosotros y su falta

rompería una armonía preestablecida. Algo así, pienso yo, como si en una coral alguien cambiase caprichosamente el ritmo y el compás de la partitura, mucho peor, si algún ejecutante lo cambiara por su cuenta.

Pero... algo ha pasado en nuestro mundo para que se hayan menospreciado normas y hábitos en otro tiempo intangibles. Se han desvalorado las calificaciones de amable, bien educado, cortés —“cortésísimo Cortés”, citaremos de nuevo a Cervantes como testigo de una época que ya empezaba a tomarse licencias con las reglas morales— pero cuya solera se reflejaba incluso en el trato de los humildes y aún marginados, como eran los pilletes tan fabulosamente pintados en la novela que se cita.

¿Pero por qué chocaban a Cervantes y provocaban su ironía estos apelativos: señor gentilhomme, señor caballero, que se aplicaban mutuamente los dos golfillos, héroes de su maravillosa creación? ¡Ay! La cortesía empezaba a ser una rutina que encubría no un valor puro e inamovible —el CABALLERO el GENTILHOMBRE, —monedas con una alta ley que empezaba a distorsionarse a impulso del maquiavelismo político, y de la preferencia que se insinuaba poco a poco a favor de los valores materiales frente a la espiritualidad del Medievo. —Después no se han arreglado ni mucho menos las cosas con el recurso a Sade, inspirador casi único del cine moderno.

Cervantes “denunciaba” como se dice ahora este estado de cosas recurriendo a una “literatura del absurdo”. Gran parte de la literatura picaresca lo es: “literatura del absurdo”, por ejemplo, aquellas viejas, concurrentes al patio de Monipodio que encendían velas a sus santos favoritos para que “salieran” bien sus intrincados robos y trapacerías.

Y a medida que se dispara la inflación de la cortesía, hasta llegar a los hiperbólicos cumplimientos, reverencias y sombrerozcos del barroco, crece el escepticismo y la miseria moral.

Secáronse las fuentes que fluían de altas esferas y que habían ido infiltrándose hasta las clases humildes, que asombraban por su gracia y gentileza.

Ahora hay quien teoriza que el influjo viene de abajo, como si un vapor subiera de la tierra y vitalizara las alturas.

Lo mismo es: pidamos que la lluvia que beneficia la tierra o vapor que se desprende de ésta, sean puros y vivificantes, sin polución ni alientos mefíticos. Y quizá vuelvan a converger el Saber popular y el culto.

Porque en efecto, como decían las señoras del Arenal, la educación no está de moda, y es de creer que mil frustraciones estarán en la base de este menosprecio, pero algo tenemos que hacer

para que la inter-relación humana no sea una serie de vagas expresiones, carentes de solvencia moral y por supuesto de belleza (no es bello guardar lo poco que nos queda de amabilidad y complacencia sólo cuando entran en juego nuestros intereses, verbigracia, con el jefe, del que esperamos una subida de sueldo. O invirtiendo los términos, con el responsable de los sindicatos, a fin de que nos resuelva con los obreros la huelga a la vista).

¿Qué se ha de hacer? ¿Versallismo? ¡No es posible! ¡Está la vida carísima para gastar el tiempo en cumplidos preciosistas!

En cuanto al arabesco barroco del chambergó —acaso de que se usase— nos parecería una inflación del gesto imperdonable. ¡Ya tenemos bastante con la que padece la vida económica en todos sus sectores!

Quizá sería lo bueno buscar una correspondencia entre fondo y forma. No, no consiste en hilvanar cumplidos, sino saber que nuestro semejante tiene derecho a respeto como ser humano, y si no sentimos simpatía por él, tanto le ofendemos si se lo demostramos desconsideradamente como si le engañamos con falaces halagos. Y la urbanidad habría de tener algo de gratuito y de generoso para que surtiera efecto!

No, no es elogiado que nuestro caudal, digámoslo así, de sentimientos positivos los guardemos avaramente sólo para conseguir algo materialmente favorable.

Ignorar una sensibilidad humana que existe o debe de existir en nuestro entorno, que es de suponer tenga diversos grados y por supuesto derechos a ser reconocida, es tan erróneo como “no ver” una presencia física, la cual también necesita su ámbito y satisfacción. ¿Qué diríamos de alguien que tiene una necesidad física perentoria, por ejemplo sed, y nos dedicáramos a ignorarla o a ofrecerle algo incongruente, p. ej. pan? ¿Qué es más difícil de ver, una u otra de las dos necesidades?

Por percibir este ámbito no visible a simple vista, somos algo más que los animales salvajes, que ven perfectamente el relieve y bulto físico, pero no los matices psicológicos.

Bueno, y para acabar, algo habrá que hacer para que no se convierta la vida de relación en un intercambio de fórmulas secas, sin aporte interior de aprecio ni inteligencia: (¿Qué pasa, tío? ¡Aquí estoy, jefe! ¡Ya me dirás! ¡Vale!).

A menos que nos decidamos a seguir el juicio de las simpáticas matronas del Arenal, suprimiendo toda complicación y adoptando la mala educación “porque está de moda”.